El caso del futbolista enmascarado

Carlos Schlaen

loqueleo

www.loqueleo.santillana.com

©2003, Carlos Schlaen
www.schlaen.com.ar
© 2003, 2014, Ediciones Santillana S.A.
© De esta edición:
2015, Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4380-7
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*.

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: María Fernanda Maquieira
Ilustraciones del autor

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Churrillas y Julia Ortega

Schlaen, Carlos
El caso del futbolista enmascarado / Carlos Schlaen ; ilustrado por Carlos Schlaen. - 1a ed.
. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.
120 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)
ISBN 978-950-46-4380-7
1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Schlaen, Carlos, ilus. II. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Esta primera edición de 2.000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2015 en Arcángel Maggio – división libros, Lafayette 1695, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

El caso del futbolista enmascarado

Carlos Schlaen

Ilustraciones del autor

loqueleo

1

El estudio de la mansión Oliveira era la habitación más protegida e inaccesible de la ciudad. Aquella mañana, sin embargo, un cajón de su escritorio había amanecido abierto.

Este hecho, que en cualquier otro caso no hubiese llamado la atención de nadie, había bastado para desplazar las noticias del resto del mundo en las primeras páginas de los diarios locales. Y no era para menos, Luis Oliveira era el empresario más poderoso del país.

—¿Un cajón abierto...? ¿Eso es todo? —murmuré, mientras sumergía la punta de una medialuna en el café con leche.

—Será un tipo muy ordenado —ironizó Pepe, pasando el trapo rejilla por el mostrador.

Pepe es, en esencia, un hombre formal y rara vez bromea, pero lo cierto es que, tal como había sido publicada la información, era muy difícil tomarla en serio. Si bien las notas abundaban en detalles que describían las deslumbrantes

características de la mansión y la fabulosa riqueza de Oliveira, apenas incluían unas pocas líneas acerca del motivo que había ocasionado semejante revuelo periodístico. En resumidas cuentas, sólo decían que el mayordomo de la residencia había ingresado al estudio muy temprano, para ocuparse de la limpieza, y había hallado el dichoso cajón abierto que desató la tormenta. Imaginé el escándalo que hubiese armado ese buen hombre si le hubiera tocado encontrarse, sin previo aviso, con el cotidiano espectáculo que ofrecen los cajones de mi escritorio. Pero yo no soy millonario, no tengo mayordomo y la limpieza no es una de las prioridades de mi bufete de abogado (tampoco de sus virtudes, debería admitir).

◆

A esas horas de la mañana, el bar de Pepe es un lugar tranquilo y silencioso, frecuentado, salvo excepciones, por sus parroquianos habituales: toda gente de trabajo y yo que, cuando lo tengo, también lo soy. Por esa razón, el enorme televisor de treinta pulgadas, recientemente incorporado a sus instalaciones, permanece apagado hasta el mediodía. Esta regla sólo es vulnerada cuando un evento extraordinario lo justifica. Y éste, decidió Pepe, lo era.

Los canales de noticias repetían, con ligeras variantes, lo que ya conocíamos, y exhibían el impresionante despliegue que habían montado frente al domicilio de Oliveira. Camarógrafos, reporteros y curiosos se apretujaban entre el férreo cordón policial que les cerraba el paso hacia la casa y un puñado de astutos vendedores ambulantes, recién llegados con la esperanza de abastecer a la jauría humana congregada en el sitio.

Algunos cronistas, para llenar el vacío de información (o para profundizarlo, según se mire), entrevistaban a los escasos vecinos que se prestaban al diálogo y que, previsiblemente, no aportaban ningún dato significativo. Otros, a falta de novedades, procuraban alimentarlas reiterando hasta el cansancio las nunca aclaradas denuncias que involucraban al empresario con *Aguasblandas*, una compañía fantasma que, en las últimas semanas, había sido descubierta en turbios negociados de lavado de dinero y tráfico de armas.

Ya había perdido el interés en el asunto cuando, de repente, la aparición de una nueva imagen en la pantalla volvió a concitar mi atención. Asediado por un grupo de periodistas, en la esquina del Departamento Central de Policía, sobresalía el inconfundible rostro del comisario Galarza.

—¡Oye...! ¿No es tu amigo, ése? —exclamó Pepe, quien, por lo visto, continuaba bajo los influjos de su singular sentido del humor.

Ambos sabíamos que el comisario Galarza no es amigo de nadie y mucho menos mío. Nos habíamos enfrentado en varios casos[1] y nuestra relación se basa, desde entonces, en una mutua, aunque respetuosa, antipatía. Pero es un tipo recto e imaginé que si había accedido a hablar con la prensa era porque tenía un anuncio concreto que hacer. Y así fue.

—*En relación con el hecho ocurrido esta madrugada en la residencia del señor Luis Oliveira* —dijo—, *estoy en condiciones de comunicar que se ha identificado a un sospechoso y que se ha procedido a su arresto. Es todo por ahora. Buen día.*

Luego amagó con retirarse, pero el acoso de los reporteros lo detuvo.

—*¡Comisario! ¡Comisario! ¡No se vaya! ¡Díganos el nombre! ¡El nombre del sospechoso...!* —gritaban.

Galarza pareció dudar ante el reclamo y eso me intrigó. Él jamás duda; ni siquiera cuando se equivoca. A ese hombre la presión del periodismo debía de afectarlo menos que una tibia brisa de

[1] Ver: *El caso del cantante de rock*, *El caso del videojuego* y *El caso de la modelo y los lentes de Elvis.*

verano. Sin embargo, esta vez no terminaba de decidirse. Al fin, visiblemente incómodo sacó un papel de su bolsillo y, como si adivinara las inevitables consecuencias de ese acto, lo leyó en voz baja:

—*El detenido es Daniel Alfredo Taviani.*

El efecto que provocaron aquellas palabras fue fulminante. Un silencio generalizado apagó todas las voces y el estupor estalló ante las cámaras de televisión, enmudeciendo por igual a los cronistas que rodeaban a Galarza y a la enorme audiencia que en esos momentos se hallaba frente a las pantallas. Si había algo que nadie esperaba era escuchar ese nombre mencionado en un sórdido parte policial. Porque Daniel Alfredo Taviani, lejos de ser un desconocido, era la más reciente y firme promesa del fútbol nacional.

La rapidez con que se estaban precipitando los hechos en este extraño asunto era sorprendente. No sólo habían alcanzado una difusión excepcional en las pocas horas transcurridas desde el episodio del mayordomo, sino que, además, la policía ya había apresado a un sospechoso.

Y todo por un cajón abierto.

◆

Al cabo de un rato subí a mi oficina. Aunque no tenía ningún caso entre manos, el día pintaba bien. Había conseguido un par de juegos nuevos para la computadora y la falta de trabajo era el pretexto ideal para dedicarme a ellos sin remordimientos. Pero no llegaría a darme el gusto. Acababa de encender la máquina, cuando dos golpes en la puerta alteraron dramáticamente mis planes.

Era Pepe. Si bien su bar se halla en la planta baja del edificio, podía contar con los dedos de una mano las veces que había estado en mi oficina. Por eso, y por la severidad de su rostro, asumí que su visita no sería un mero acto social. Estaba acompañado por una mujer con quien lo había visto conversar en algunas ocasiones, pero jamás me había hablado de ella. Hasta esa mañana.

—Ésta es Pilar —dijo—. Su familia es de mi pueblo y necesita de ti.

Fue suficiente. Aquella era una indicación de que la cosa venía en serio y, también, una clara advertencia. El *pueblo* al que se refería era, en realidad, la aldea de sus ancestros en Galicia y, pese a que nunca había puesto un pie allí, todo lo relacionado con ese lugar tiene, para él, un carácter sacramental. En su particular código de valores, Pepe había establecido que esa mujer era

su familia y que un pedido suyo era como si él mismo lo formulara.

Pilar parecía rondar los setenta años. Menuda, de rasgos duros y mirada de acero, era la clase de persona con la que uno no desea mantener una discusión. Consciente de ello, procuré ser amable y le ofrecí una silla. Pero la anciana rehusó la invitación con un gesto de impaciencia, obligándonos a permanecer de pie junto a la puerta.

—No tengo tiempo que perder —dijo—. Quiero sacar a alguien de la cárcel. ¿Puedes?

Por lo visto la señora no se andaba con vueltas. Hacía menos de un minuto que la conocía y había logrado ponerme a la defensiva, en mi propia oficina, sin que yo todavía supiera por qué.

—Depende —balbuceé—. ¿De qué está acusado?

—De nada —respondió.

Si lo que buscaba era desconcertarme, debía admitir que lo estaba consiguiendo. Aun así, me las arreglé para articular una opinión aceptable.

—Bueno, supongo que en ese caso será sencillo.

—Tal vez no... —intervino Pepe.

—¿Por...? —pregunté.

—Porque es el futbolista que vimos hace un rato en la tele...

Lo primero que pensé fue que me estaban tomando el pelo, pero para eso hay que tener sentido del humor y Pilar, se me ocurrió, no lo tenía. En cuanto a Pepe, yo había sido testigo de que unas horas antes había agotado su dosis anual de ironías.

Esos dos estaban hablando en serio.

◆

Mis esfuerzos por imaginar la vinculación de la anciana con un implicado en el entuerto del cajón abierto fueron tan inútiles como mi pretensión de encarrilarla hacia una conversación ordenada. Esa mujer era inmune al diálogo. Ignoraba la mayoría de las preguntas que le hacía y sólo respondía, con evidente fastidio, a las que ella consideraba importantes. Sin embargo, debo reconocer que no tardé en armarme un cuadro de situación bastante claro. O ella era más expresiva de lo que yo creía, o mi cerebro había adquirido insospechadas facultades telepáticas para entenderla.

Pilar era la encargada del edificio donde vivía Taviani desde su llegada a Buenos Aires, hacía ya varios meses. Al muchacho, que había llevado una existencia muy simple en el interior, le costaba adaptarse a su nuevo estilo de vida en la ciudad. Tímido por naturaleza, sin amistades

y carente de experiencia para enfrentar la súbita notoriedad que había alcanzado, buscó apoyo en la única persona que lo había ayudado en sus necesidades cotidianas. La amiga de Pepe. Al principio, sólo se había ocupado de cocinarle ocasionalmente o de mantener su ropa limpia y planchada pero, poco a poco, esa relación fue afianzándose hasta que ella terminó por convertirse en una especie de madre sustituta para el futbolista.

Confieso que no me resultó fácil concebirla en ese rol, pero me cuidé de mantener la boca cerrada. En honor a la verdad, ni siquiera me hubiese atrevido a sugerírselo.

—Vea, señora —dije, en cambio—, Daniel Taviani es muy valioso para su equipo. El club tiene sus abogados que, probablemente, ya estarán trabajando en esto...

—Él no los va a aceptar —me interrumpió, con firmeza—. No confiamos en ellos y, mucho menos, en los abogados.

—Yo soy un abogado —me animé a recordarle.

—Es diferente. Tú has sido recomendado —afirmó, mirando a Pepe, quien asintió con un gesto grave.

No supe si tomarlo como un cumplido o una amenaza, pero preferí no pensar en ello y